

The book cover features a dark, textured background with a large, faint shadow of a person in the center. In the upper right corner, a hand is pressed against a surface, with its fingers splayed. The title 'Mister' is written in a vibrant red, cursive script. Below it, the author's name 'PETER STRAUB' is printed in a clean, white, serif font. At the bottom, a large, thick red 'X' is drawn across the cover, with its strokes extending towards the corners.

Mister

PETER STRAUB

«*Mister X* marca el triunfal regreso de Straub al relato de lo paranormal y lo sobrenatural... En esta novela hay escenas de puro horror que te obligan a cerrar los ojos. Cuando Peter Straub pone en marcha todos sus motores nadie lo supera. La trama es un desafío, la complejidad de los personajes resulta intrigante y el lenguaje constituye un deleite». —Stephen King

Cuando se acerca su cumpleaños, y como cada año, Ned Dunstan sufre un *shock* durante el cual presencia escenas de despiadadas matanzas perpetradas por un misterioso y malévolo ser vestido de negro al que Ned llama *Mister X*. Dunstan regresa a su ciudad natal, Edgerton, impulsado por la premonición de que su madre, Star, se está muriendo. Antes de perder la vida, ella le revela el nombre de su padre y le advierte que corre un grave peligro. Pese a ello, Ned decide averiguar todo lo que pueda acerca de su padre ausente. Así, se desencadenarán una serie de extraordinarias aventuras que revelarán al protagonista la existencia de un hermano mellizo idéntico a él, y que tiene la capacidad de desafiar las leyes de la naturaleza. Esto desenmascara aspectos sobre su propia identidad, la de su familia y la del temible *Mister X*.

Con esta novela, rebosante del ingenio característico del autor, de personajes vibrantes y de un brillante sentido del ritmo, **Peter Straub** demuestra que está en su mejor momento.

Para mis hermanos, John y Gordon Straub

No podía valorar mi trabajo. Me sentía muy pequeña. Leí su artículo en el *Atlantic* y sentí aprecio por usted. Estaba segura de que no rehusaría contestar una pregunta tan sincera.

¿Es esto, señor, lo que quería que le dijera?

EMILY DICKINSON

Carta a Thomas Wentworth Higginson,
25 de abril de 1862

NOTA DEL EDITOR SOBRE LA TRADUCCIÓN

El texto que se dispone a leer es la traducción española de un libro originariamente escrito en inglés. La traducción es siempre una difícil tarea, que debe conseguir trasladar un texto a una lengua distinta de la del autor, pero sin traicionar ni el contenido del original, ni el estilo, la intención y el esfuerzo que el autor ha realizado en la creación de la obra.

Esta labor, que es siempre delicada, en algunos casos concretos se hace todavía más difícil, especialmente en aquellas ocasiones en las que el autor construye en su lengua original juegos de palabras que son difícilmente trasladables.

En *Mister X*, Peter Straub ha querido hacer esos juegos en los nombres y apellidos de los personajes de esta historia. El criterio editorial que aplicamos siempre en las traducciones es el de mantener los nombres propios en el idioma original. Sin embargo, en este caso, los nombres tienen un significado que el autor ha querido darles y, por tanto, al dejarlos en inglés, renunciamos a compartir este significado con el lector español. Para resolver esta situación siguiendo un criterio de coherencia pero sin traicionar la intención del autor, el lector encontrará dentro del texto, los nombres y apellidos de los personajes en inglés y sus mote (en cursiva) en español, y, a continuación, una lista con el significado de los nombres de los personajes traducido al español. Son, por orden alfabético de apellidos, los siguientes:

Ethel Bridges: Ethel Puentes

Godfrey Demmiman: Godfrey Semihombre

Dr. Drears: Doctor Sopor

Professor Flagship: Profesor Insignia
Dr. Hightower: Doctor Altatorre
Mr. Inside: Señor Enterado
Minor Keyes: Menor de las Claves
Erwin *Pipey* Leake: Erwin *Aguado* Gotero
Captain' Lighthouse: Capitán Faro
Bob Mims: Bob Melindroso
Mr. My Mustache is Bigger than Yours: Señor Mi Bigote
es Mayor que el Tuyo
Mr. Outside: Señor Margen
Bertha Snowbirds: Bertha Pinzón de las Nieves
Captain Todd Squadron: Capitán Todd Escuadrón
Mrs. Wick: Señorita Mecha
Piney Woods: *Pinito* del Bosque.

1. Cómo llegué a casa y por qué

1

Qué estúpido fui; me comporté según la vieja pauta y pasé una semana fingiendo que era un blanco móvil. Una parte de mí supo en todo momento que, al hacer autostop, me estaba dirigiendo hacia el sur de Illinois porque mi madre estaba a punto de morir. Cuando tu madre va a palmarla, regresas a casa como puedes.

Antes, mi madre residía en East Cicero, en el apartamento encima del club Panorama, propiedad de los dos ancianos hermanos con quienes vivía. Los fines de semana, durante los dos turnos nocturnos, cantaba con el trío del local. Hacía lo que siempre había hecho sin preocuparse por las consecuencias, lo que suele causar que las consecuencias se presenten más pronto y con mayor dureza que en el caso de otras personas. Cuando ya no fue capaz de pasar por alto su propio fatalismo, se despidió de los hermanos con un beso y regresó al único lugar donde yo podía encontrarla.

Star, una muchacha generosa de alma inmensa, sin más idea de cómo establecerse en la vida de la que tendría un gato tuerto, tenía dieciocho años cuando nací. De modo que, desde mis cuatro años, fui de Edgerton a un hogar de acogida, otra vez de vuelta a Edgerton y así en una sucesión de hogares de acogida. Mi madre era una de esas personas artísticas sin un arte concreto. Fue variada y repetidamente aprendiz de pintura, de escritura, de alfarería y de otras artesanías, así como de hombres que, según ella, en-

carnaban dichas artes. Lo que menos le interesaba era lo que mejor hacía, así que, cuando salía a cantar, transmitía un desenfado y un buen humor que el público encontraba encantador. Fue bonita hasta los últimos años de su vida; la suya era una belleza a la vez suave y enternecedora, juvenil y despejada, felina y terrenal.

Viví con seis parejas diferentes en cuatro ciudades diferentes, pero no me fue tan mal. La mejor de las parejas, Phil y Laura Grant, los Ozzie y Harriet (esa familia televisiva tan perfecta de los años cincuenta) de Naperville, Illinois, eran casi unos santos gracias a su auténtica bondad. Otra pareja les podría haber hecho la competencia si no se hubieran agotado por haber acogido a tantos niños. Otras dos resultaron bastante agradables, a su modo ligeramente autocrático del tipo «esta es nuestra casa y estas son nuestras normas».

Antes de ir a Naperville volvía de vez en cuando a Cherry Street, donde los Dunstan vivían en sus varias y antiguas casas. La tía Nettie y el tío Clark me acogían como otra parte del equipaje de Star. Durante un mes, acaso seis semanas, compartía cuarto con mi madre y contenía el aliento a la espera del siguiente terremoto. Después de mudarme a casa de los Grant, la pauta cambió y Star me visitaba en Naperville. Ella y yo habíamos llegado a un acuerdo, uno de esos acuerdos que no precisan palabras.

La esencia del pacto, en torno al cual giraba todo lo demás, era que mi madre me quería y yo la quería a ella; sin embargo, por mucho que me quisiera, era incapaz de permanecer en un mismo sitio más de un año o dos. Aunque era mi madre, no sabía cómo ser madre. Eso significaba que no podía ayudarme a afrontar los problemas que asustaban, angustiaban o enojaban a las familias que me acogieron antes de los Grant. Con los Grant desfilé por consultorios médicos, departamentos de radiología, análisis de sangre, análisis de orina, encefalogramas y demás pruebas que ya ni recuerdo.

En resumen: si bien Star me quería, no podía cuidarme como lo hacían los Grant. Los días en que ella venía a Narperville nos abrazábamos y llorábamos, pero ambos conocíamos la situación. Solía presentarse justo después de Navidades y luego casi siempre a principios del verano, cuando empezaban las vacaciones escolares. Nunca, no obstante, vino para mi cumpleaños y nunca me mandó más que una tarjeta de felicitación. Los cumpleaños eran la época en que mi problema me agobiaba y este la hacía sentirse tan mal que no quería pensar en él.

Creo que siempre lo entendí, pero no adquirió sentido a un nivel consciente, un sentido que me fuera útil, hasta dos días después de mi decimoquinto aniversario. Ese día llegué de la escuela y en la mesa del recibidor encontré un sobre, cuya dirección estaba escrita con la letra de mi madre, inclinada hacia atrás, enviado desde Peoría, en Illinois, el día de mi cumpleaños, o sea, el 25 de junio. Llevé el sobre a mi habitación y lo dejé en el escritorio. Puse el disco «Groove Blues» de Gene Ammons en el tocadiscos. En cuanto la música sonó abrí el sobre y miré la tarjeta que mi madre me había enviado.

Globos, serpentinas y velas encendidas flotaban por encima de una idealizada casa de barrio. En el interior, debajo del «¡Feliz cumpleaños!», había escrito el único mensaje que me haya mandado nunca en una tarjeta:

Mi precioso hijo:

Desearía...

Desearía...

Todo mi amor,

STAR

Sabía que no era un feliz cumpleaños lo que me deseaba, sino uno sin problemas, lo que me habría hecho bastante feliz. Una fracción de segundo después de que esa com-

prensión abriera la puerta, me golpeó el primer reconocimiento adulto de mi vida y entendí que mi madre restaba importancia a mis cumpleaños porque se culpaba a sí misma de lo que me ocurría. Creía que ella me lo había transmitido, no soportaba pensar en mis cumpleaños porque se sentía culpable, y la culpa es la emoción a la que los espíritus libres como Star son menos capaces de enfrentarse.

El sonido de Gene Ammons tocando *Igual podría ser primavera* salió de los altavoces, se elevó y me llegó hasta la médula.

En *shorts* caqui y polo, los Grant controlaban el progreso de las hierbas y las verduras de su huerto. Justo antes de que se fijaran en mí, experimenté el primero, el primero desde hacía un mes, de esos momentos en que uno se pregunta: «¿Qué falla en este cuadro?», una conciencia animal de lo incongruente que era mi presencia en ese dulce paisaje de barrio. Peligro, vergüenza, aislamiento: descubrimiento. Ahí estábamos yo y mi sombra. Laura volvió la cabeza y la mala sensación se desvaneció antes aun de que su expresión se volviera cálida, más profunda, como si supiera todo lo que sucedía en mi interior.

Laura echó una ojeada a la tarjeta y volvió a mirarme.

—Star nunca podría olvidar tu cumpleaños. ¿Puedo verla?

Mi madre inspiraba simpatía a ambos, aunque de modo distinto a cada uno. Cuando Star venía a Naperville, Phil hacía gala de una galantería anticuada que consideraba mundana y que Laura y yo considerábamos hilarante. Laura, por su parte, la llevaba de compras durante una hora para que pudieran charlar y creo que solía darle unos cincuenta o sesenta pavos.

Laura sonrió al ver la elegante casa blanca y los adornos de fiesta de la felicitación, y me miró. El segundo reconocimiento adulto de mi vida pasó entre nosotros como una chispa. Star había escogido la tarjeta por un motivo concreto y Laura no lo eludió. Con esa tarjeta, Star parecía decir-

me: «¿A que sería agradable tener una casa con claraboyas y un porche alrededor? Si yo viviera en una casa así, me impresionaría a mí misma».

Phil se acercó y Laura abrió la tarjeta. Sus cejas se contrajeron mientras leía el mensaje: «Desearía...».

—Yo también lo deseo —dije.

—Claro que sí —comentó Laura, que captó de inmediato lo que quería decir.

Phil adquirió su actitud de ejecutivo y me apretó el hombro. Era gerente de productos en la compañía 3M.

—Me da igual lo que digan esos payasos. Es un problema físico. Cuando encontremos al médico adecuado, lo solucionaremos.

«Esos payasos» eran mi pediatra, el médico de cabecera de los Grant y media docena de especialistas que no habían logrado diagnosticar mi enfermedad. Los especialistas habían llegado a la conclusión de que mi problema no era de «origen orgánico»; en otras palabras, que estaba todo en mi coco.

—¿Crees que lo heredé de ella? —pregunté a Laura.

—No creo que lo hayas heredado de nadie. Pero si lo que quieres saber es si ella se siente muy mal al respecto, la respuesta es sí.

—¿Star? —inquirió Phil—. Tendría que estar chiflada para culparse a sí misma.

Laura me observaba, para ver cuánto entendía.

—Las madres quieren cargar con todo lo que perjudica a sus hijos, hasta las cosas que no pueden cambiar. Lo que te ocurre a ti hace que me sienta muy mal y me cuesta imaginar lo que suscita en Star. Yo, al menos, te veo cada día. Si yo fuese tu verdadera madre y mi única oportunidad para acabar con el hambre en el mundo en los próximos mil años fuera tener que irme de la ciudad en tu cumpleaños, lo haría; aun así, me sentaría muy mal desilusionarte. Me sentaría muy mal de todos modos, fuese tu verdadera madre o no.

—Como si no hicieras lo correcto.

—Tu madre te quiere tanto que a veces no soporta no ser Betty Crocker —comentó, refiriéndose a la foto que aparecía en los paquetes de pastelería de la marca del mismo nombre, o sea, una ama de casa hacendosa y buena cocinera.

La idea de que Star Dunstan se pareciera, aun mínimamente, a Betty Crocker, me hizo reír ruidosamente.

—Hacer lo correcto no siempre te hace sentir bien —añadió Laura—, digan lo que digan. Hacer lo correcto puede doler un montón, ¡caracoles! Si quieres saber lo que pienso: tienes una madre estupenda.

Me habría vuelto a reír, pero esta vez por esa «palabrota» tan típica de *girl scout*. Sin embargo, me escocieron los ojos y se me formó un nudo enorme en la garganta. Hace un rato dije que dos días después de mi decimoquinto cumpleaños entendí los sentimientos de mi madre, los entendí de un modo útil y a eso me refería. Aprendí a plantear preguntas sobre las cosas que dan miedo, aprendí que hacer lo correcto podía doler tanto que te impedía pensar con sensatez, aprendí que uno es uno, es como es y ha de pagar el precio.

2. MISTER X

¡Oh, Magnos Ancianos! ¡Leed las palabras inscritas en este robusto diario con el puño y letra de vuestro seguro servidor y alegraos!

Siempre me agradó caminar de noche, ya tarde. En una ciudad cómoda como Edgerton, el enorme manto de la oscuridad atenúa hasta el sonido de los pasos en el pavimento. Camino por las avenidas, paso frente a grandes almacenes y cines vacíos. Vago por las estrechas calles de Hatchtown y observo las ventanas cerradas, que podría traspasar

en un abrir y cerrar de ojos, pero no lo hago: parte de mi dicha reside en mi ingravidez y en mi capacidad para medir y sopesar las vidas a mi alrededor. Como cualquier hijo de vecino, me gusta salir de casa, fugarme del cautiverio de ese chiquero en el que yo mismo me condené a vivir. Durante mis paseos evito las farolas, aunque, sea cual sea la estación, visto abrigo y sombrero negros... una sombra que se mueve, invisible en la oscuridad.

Casi invisible. Invisible para todos menos para unos escasos desgraciados, muchos de los cuales he matado, lo reconozco, menos por necesidad de protegerme que por... por resentimiento, tal vez, o capricho. Hubo, eso sí, una excepción.

Mandé al otro mundo a la larguirucha ramera que, vestida con zapatos de plataforma alta y falda del tamaño de una toallita de tocador, se abalanzó sobre mí, saliendo de una puerta en la Chester Street. Estaba tan colocada, con lo que fuera que las chicas usaran para divertirse ese año, que me cogió del codo para no ladearse. Examiné sus pupilas, que parecían la cabeza de un alfiler, y dejé que me llevara al umbral, la abrí como si fuese una lata de sardinas y le rompí el cuello sin dejarle tiempo para recordar que debía gritar.

Más o menos el mismo trato recibió el chico que llevaba una sudadera negra y pantalones de trabajo —me vio porque creía estar buscando a alguien como yo, sorpresa, sorpresa—, así como la joven con el ojo a la funerala y labios hinchados que, al oír mis pasos, salió trastabillando de un coche aparcado y quiso meterse de nuevo al verme, pero ya era demasiado tarde, pobrecita. Y no olvidemos el bebé que encontré abandonado sobre un contenedor de basura, al que ayudé a abandonar un mundo hostil: le amputé las encantadoras manitas y le extirpé los ojitos indignados.

Cierto, el bebé no me había visto. Creo que verme requiere un nivel especialmente alto de desolación o desdicha, una pérdida tan irreparable que el resto de la vida se

convierte en una herida eterna, y el bebé solo tenía frío y hambre. Pero me superó la rabia, porque hace mucho tiempo un arresto y un encarcelamiento inoportunos me impidieron hacer lo mismo con otro recién nacido. Bueno, ¿y qué? Nunca he dicho que fuese perfecto.

El enano, queapestaba a tren nocturno y que maté para protegerme, se había levantado con dificultad entre los contenedores de basura del callejón aledaño al hotel Merchants y me había observado boquiabierto. Casi todos los de su calaña son incapaces de percibirme, ni siquiera cuando me miran directamente, y los pocos que sí me ven se apartan prudentemente. Este tipo se encontraba todavía demasiado mamado para hacer caso al sentido común. El raído rayo de una estrella captó su mirada.

—Rut-tut-tut, maldito Drácula —dijo, entre risitas tontas, y se apoyó tambaleante sobre los contenedores para inspeccionar el mugroso cemento—. Oye, ¿adónde ha ido Pinito? ¿Has visto a Pinito, Drac? —Se refería a una versión más funcional de sí mismo, un paria lastimoso de cuya existencia me había enterado vagamente mucho antes—. Ruti-tuti —prosiguió el miserable, que habría seguido destruyéndose sin mi ayuda si no hubiese seguido con su cantinela y no me hubiese echado una ojeada llena de una horrible mezcla de deleite y confusión, para luego añadir—: ¡Eh, hombre! Hablando de ver... hace tiempo que no nos vemos. Creí oír... creí que eras... aah...

Era un tal Erwin *Aguado* Leake, antaño, de eso hacía treinta años, joven y borracho instructor de inglés en la Universidad Albertus y gorrón de mi época bohemia.

—Star... Star Dunstan, ¿no está...?

Lo cogí del pescuezo y le estampé la cabeza contra los ladrillos. Él tiró de mi muñeca, pero le cubrí la cara con mi mano libre y le estrellé la cabeza otras dos veces contra la pared. Los ojos del antiguo acólito flotaron hacia arriba y su boca despidió un hedor a pez muerto. Cuando lo solté, cayó hecho un guiñapo entre los contenedores. Le lancé un

puntapié a la cabeza, oí su cráneo romperse y seguí pateándolo hasta que el costado de su cabeza se reblandeció.

Esos imbéciles deberían aprender a mantener la boca cerrada.

Oh, Magnos Seres, vosotros que en los eones por venir veréis estas palabras escritas por vuestro seguro servidor, solo vosotros comprendéis mi certeza de que se respira un aire de grandes cambios. La culminación de la Sagrada Misión que me ha sido encomendada y tan provocadoramente presagiada por el Gran Maestro ha empezado a declarar su advenimiento en el escenario terrenal. En tanto paseo por la ciudad sin que nadie me vea el flujo de información se intensifica y clarifica, trae consigo la promesa del destino que tanto he esperado desde que, cuando era niño, me daban lecciones los zorros y los búhos del bosque de Johnson.

Aquí, en una habitación repleta de hornos de microondas y ordenadores portátiles, un ladrón profesional y pirómano ocasional llamado Antón *Franchise* La Chapelle yace dormido y abrazado a una tal Cassandra Cassie Little, una aguerrida putita. Hola, Franchise, deliciosa inmundicia. No lo sabes, pero me figuro que, después de todo, tu vida inútil va a servir de algo.

Aquí, en el segundo piso de una pensión, Otto Bremen, un policía de tráfico que se encarga del cruce que hay junto a una escuela primaria, dormita frente a la pantalla de su televisor con una botella de *bourbon*, no del todo vacía, colocada en la entrepierna. El último centímetro de un cigarrillo se consume inexorablemente y se acerca a los dos primeros dedos de su mano derecha. La conjunción del cigarrillo y de la ocupación secundaria del Franchise sugiere una posibilidad, pero muchas cosas son posibles, Otto, como que mueras en un incendio, o no... aunque yo creo que sí... Desearía, con ese cariño que experimenta el titiritero